

# El bombardeo de Valparaíso

(Monografía de la guerra con España)

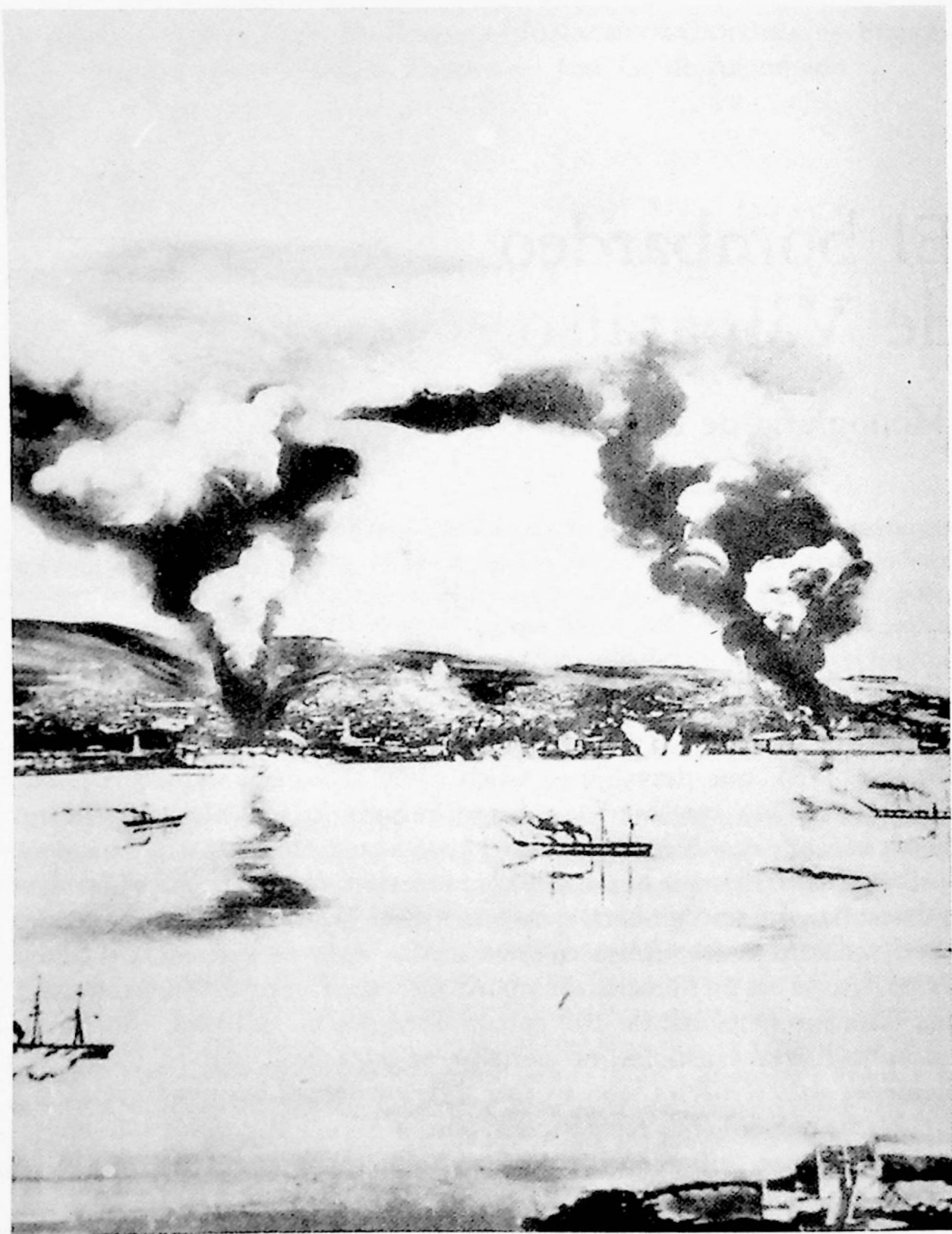
ENRIQUE BUNSTER\*

En el curso de su historia, Valparaíso ha sufrido cinco ataques desde el mar. Los cuatro primeros acontecieron durante la Colonia, cuando no era más que un caserío; y fueron sus ejecutores dos corsarios ingleses y dos holandeses: Drake (1578), que desvalijó el único navío al ancla y saqueó la iglesia; Hawkins (1594), que capturó y luego incendió tres bajeles con su carga; Noort (1600), que hizo otro tanto y pasó a cuchillo a las tripulaciones; y Spilbergen (1615), que bombardeó la población, quemó la única nave surta y desembarcó para combatir a la guarnición local. El quinto ocurrió en 1866, cuando la República contaba medio siglo de existencia y cuando Valparaíso ya era un floreciente emporio mercantil, con 80.000 habitantes y una flota internacional de 100 barcos albergada en su bahía. Esta vez los atacantes fueron españoles, no ciertamente bucaneros, pero sí, incomparablemente más temibles, con su fuerza de modernos buques blindados.

Nadie recuerda hoy estos hechos, porque lo curioso o pintoresco no cabe en la enseñanza, ni se consigna casi en los libros, y la gente vive y muere ignorando lo mejor de la crónica patria.

El bombardeo del 66, en particular, contiene todas las características de

\*Enrique Bunster fue un gran escritor de temas navales referidos a la historia de Chile, a su desarrollo comercial y a la expansión que alcanzó nuestro país en el siglo pasado. Notable es su biografía de Lord Cochrane, así como el relato de las aventuras de los chilenos en California. El bombardeo de Valparaíso adquiere contornos dramáticos en esta descripción.



*Esta es una vista parcial del bombardeo de Valparaíso. Se puede apreciar la escuadra española y los incendios en los Almacenes Fiscales. Según Alvaro Jara, en su libro "Chile en 1960" (William L. Oliver, un precursor de la fotografía), esta foto fue publicada por Leopoldo Castedo en su "Resumen de la Historia de Chile", sin mencionar que pertenece a la colección de Oliver. (Editorial Universitaria, 1973).*

un acontecimiento digno de memoria. Por algo fue que tuvo repercusión mundial, habiéndolo registrado las revistas europeas en sendas informaciones, sin contar con que el insigne Pérez Galdós lo incluyó en la serie de sus *Episodios*.

Esta "guerra con España" fue un conflicto con dos combates navales, dos capturas y una lluvia de bombas sobre una ciudad inerme. Por parte de los agresores fue una aventura desgraciada; los agredidos salieron de ella con su entereza y su sentido del humor templados a fuego, y con la experiencia de que aun luchando sin armas, pueden resistirse los golpes, e incluso, devolverseles...

Ninguna cuestión o diferencia existía entre España y Chile; nada que pudiese justificar el drama en que iban a verse envueltos. Origen de la contienda fue un sueño descabellado: ni más ni menos que el de la restauración del dominio de la América. Plan que ya estaba en vías de realización, pues habíase anexo la República de Santo Domingo, y que pretendía proseguirse con la reconquista del antiguo Virreinato del Perú.

España sufría una de esas crisis morales de las que no están exentas ni las más notables naciones. Ocupaba su trono la reina Isabel II, de 22 años de edad, mujer tan débil de carácter como pobre de ilustración, en cuyo gobierno había sentado plaza una gavilla de aventureros y militarotes engreídos por su triunfo en la guerra carlista, y en las manos de quienes ella era un instrumento. Repartido el poder entre tales audaces, el país rodaba hacia la anarquía y la ruina, mientras las altas clases contemplaban el desquiciamiento con una alegre indiferencia. "Madrid —dice un escritor— era un avispero donde triunfaban los ambiciosos y los intrigantes". En un ambiente así, no era raro que el proyecto de reivindicación haya parecido factible. La tentativa, en todo caso, serviría para distraer la atención popular o para producir esa cohesión artificial que necesitan los regímenes espurios.

La reina tenía una vaga idea de lo que era el mundo americano; tan vaga, que no sabía dónde estaba situado Valparaíso, puerto a la sazón de mayor importancia que San Francisco. Por eso, tal vez, puso su firma en el decreto que ordenaba el apresto de una escuadrilla de *cuatro buques*, como vanguardia de una expedición preliminar sobre el Pacífico.

Esta zarpó de Cádiz en agosto de 1862. La componían las fragatas *Resolución* y *Triunfo*, y las goletas cañoneras *Covadonga* y *Vencedora*, todas a vapor, con un total de 86 cañones y 1.400 hombres. Venía a su cargo el general Luis Pinzón, militar de mano dura, que había ganado su fama en Marruecos, donde impusiera la ley de la violencia, y que profesaba a los



criollos un espontáneo desprecio. Aparentemente, no traía intenciones belicosas, y para acentuar esta impresión había embarcado consigo a un grupo de seis hombres de ciencia, que pretendían estudiar la flora y la fauna indianas...

Pero la ilusión no engañó a nadie. La fauna indiana sospechó de inmediato sus verdaderos propósitos —porque el rumbo de la política madrileña estaba a la vista—, y de uno a otro extremo del continente los gobiernos y los pueblos pusieron a la expectativa.

El expedicionario hizo escalas en Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires. Presentado como visitante de paz, fue recibido con los honores protocolares, y el emperador don Pedro II y los presidentes Berro y Mitre departieron con él en términos de cortesía. Estas entrevistas devolvieron la tranquilidad a los países del Atlántico, pero aumentaron la inquietud en los del Pacífico, por la declaración de Pinzón de que su meta era el Callao.

No pasó allí directamente. Una mañana, corriendo el mes de mayo del año 63, la *Resolución* apareció espectacularmente en Valparaíso, adonde aportara sin ser vista en la noche anterior. Esta llegada nocturna tuvo visos de mal presagio. Lo cual no impidió, empero, que la recepción fuera hospitalaria, y los festejos cordiales. La sociedad porteña fue en romería a visitar los buques, y luego, en tierra, no escatimó sus atenciones. Hubo un baile en el Teatro de la Victoria, una misa en la Matriz, donde predicó el capellán de la expedición, y un banquete de 170 cubiertos. Se "estrecharon lazos", como hoy se dice: algunos oficiales se prendaron de las señoritas nativas, y veintitantos marineros desertaron para radicarse en el país. La única nota lamentable vino a darla el propio Pinzón, cuya lengua se desató en el banquete, diciendo que la amabilidad chilena no le parecía sincera; lo que molestó la dignidad nacional, y fue la comidilla de los comentarios.

Al darle la despedida, los porteños han debido decirle *hasta pronto*; tan evidente parecía que sus buques iban a volver.

El inquietante huésped había tomado, entretanto, buena nota de ciertos pormenores que le interesaban: Valparaíso apenas tenía un fuerte para su defensa, y toda la flota naval de sus mares eran dos barcos (corbeta *Esmeralda* y vapor *Maipú*), que estaban a medio tripular y con su artillería depositada en un pontón.

El arribo de la escuadrilla al Callao cargó de electricidad la atmósfera del Perú. Se hallaba ese país en situación muy distinta a la de Chile, primeramente porque su independencia aún no había sido reconocida, y luego, porque entre Madrid y Lima existían viejos agravios y reclamaciones, tales



como el mal tratamiento dado a los súbditos españoles y la negativa de devolver los bienes que les fueron confiscados durante la guerra de emancipación. Hay que advertir también que la República estaba hondamente dividida y que un apreciable sector de la aristocracia seguía siendo adicta a la madre patria. Los planes hispánicos basábanse en el aprovechamiento de todas estas circunstancias, y especialmente la última, que permitiría —pensaban allá— recuperar el virreinato mediante un simple golpe de Estado. Con tal finalidad llegaba Pinzón, y sus instrucciones eran las de provocar la ruptura, por una parte, y de estimular a los realistas, por la otra. En este trabajo iba a ser ayudado por una nube de espías destacados de antemano, y por los “emigrantes” que Isabel había estado mandando para acentuar la españolización del país. La Quinta Columna es un recurso venerable por su antigüedad...

Pero el español era observado a su vez por la diplomacia y el espionaje chilenos, porque Chile conocía o adivinaba sus propósitos, y estaba dispuesto, por razones de defensa propia, a apoyar a los patriotas peruanos. Fue esta política suya la que lo arrastró a la beligerancia efectiva, siendo lo probable que, de haberse desentendido del conflicto, ninguna parte le hubiese tocado a él.

Tras breve permanencia en el Callao —donde dejara tendida su red de intrigas—, Pinzón realizó un cruce por todos los países de la costa, hasta México, para recoger una impresión de conjunto sobre la realidad americana. Llegó a la conclusión de que sólo dos de las antiguas colonias, Argentina y Chile, habían alcanzado su madurez; las demás aún no estaban capacitadas para regirse por sí mismas, y eran víctimas de la peor especie de anarquía. Aparte de esto, sus mutuas relaciones atravesaban un período tensísimo: Perú y Ecuador estaban por irse a las armas; Bolivia y Chile mantenían una candente disputa de límites, etc.

Comprendiendo cuán propicia era esta situación para sus fines, el general volvió al Perú resuelto a apurar su tren belicoso. Desde entonces tuvo el concurso de un personaje expresamente enviado por Madrid para el objeto —el Comisario Extraordinario Salazar Mazarredo—, quien amenazó con la ocupación de las islas Chinchas si no se pagaban las indemnizaciones exigidas. Las Chinchas contenían los grandes depósitos guaneros peruanos, y eran explotadas por el monopolio del Estado; ocuparlas significaba privar a éste de la mayor de sus fuentes de ingresos.

Ante la negativa del Gobierno, Salazar ordenó a Pinzón trasladarse a las islas con sus buques. No bastaron a impedir el atropello las protestas de la prensa limeña ni la advertencia del ministro español en Santiago, señor

Tavira, de que Chile haría causa común con el Perú. El 10 de abril de 1864, la *Resolución* y la *Triunfo* tomaron posesión militar de las covaderas.

Así se lanzó el guante de desafío, y la cuestión entró en esa fase prebélica en que las soluciones pacíficas se tornan imposibles.

El Perú comenzó a artillar sus puertos y encargó a Inglaterra un par de acorazados. Chile, su aliado tácito, inició una campaña periodística en contra de las pretensiones isabelinas y en pro de la unión de los vecinos del Pacífico. Para dar el ejemplo, pidió y obtuvo de Bolivia el olvido momentáneo de su problema limítrofe. Un Congreso americano reunido en Lima, echó finalmente las bases para una alianza eventual entre los países amenazados.

No obstante la violencia del proceder de Pinzón, en Madrid le acusaron de falta de energía, y el general cayó en desgracia. Ello lo obligó a renunciar y a pedir un sucesor. Para colmo de su ruina, la *Triunfo*, su buque-bandera, se incendió en circunstancias misteriosas, quedando la escuadrilla trunca y en el riesgo de sufrir una sorpresa.

El hombre designado para reemplazarlo era nada menos que don José Pareja, ministro de la Guerra hasta la víspera, e hijo del general realista que halló la muerte a raíz del sitio de Chillán. Aunque nacido en el Perú, don José despreciaba a su gente con entusiasmo, como odiaba a los chilenos, por el fin que entre ellos tuvo su padre; y venía dispuesto a saldar con unos y con otros las cuentas que creía tener pendientes... Con él llegó un refuerzo que convirtió a su flotilla en una escuadra inexpugnable: las fragatas *Berenguela*, de 36 cañones; *Blanca*, de 37; y *Villa de Madrid*, de 46, a más de un convoy de transporte armados; división a la que pronto vino a unirse la *Almansa*, de 50, y por último la *Numancia*, de 40, que era uno de los barcos más grandes y fuertes del mundo, con sus 7.500 toneladas, su máquina de 1.000 caballos, blindaje de 13 centímetros y andar de 15 nudos. A proa y popa tenía una figura en relieve que simbolizaba la aspiración de su país: el león español sujetando el globo terráqueo entre sus garras.

Respaldado por semejante fuerza, Pareja se lanzó en un franco programa de tropelías, buscando la humillación del orgullo nacional peruano. Ante su amenaza de arrasar el litoral, el presidente Pezet tuvo que resignarse al pago de tres millones de duros. Tesoro que no aplacó, por otra parte, al cobrador, porque los diarios madrileños criticaron la modestia de sus exigencias y fijaron en una suma diez veces mayor las reparaciones que debieron haberse pedido.

Pero el pueblo no acompañó a Pezet: le sindicó de traidor a la patria, y un movimiento estalló para derribarlo.

Fue entonces cuando los chilenos empezaron a apoyar materialmente la causa peruana. Un decreto del Gobierno declaró el carbón contrabando de guerra, dejando a la escuadra gaditana en la precisión de movilizarse a la vela. Por otro lado, una partida de cien voluntarios embarcados en el yate del millonario Urmeneta, llegó con armas, víveres y dinero para cooperar a la revolución y a la defensa del Perú. La efervescencia popular desbordaba en todo el país; el muelle del Callao fue teatro de un asalto del gentío a los marineros españoles, con balances de muertos y heridos por ambos bandos. Pezet cayó, y el nuevo régimen, creado por Canseco, se dispuso a enmendar el error del anterior.

Por esos mismos días ocurrió un acontecimiento que vino a acabar de comprometer a Chile en la contienda. Tavira, amigo del país y sincero pacifista, fue destituido por "ineptitud" y el furibundo Pareja entró a sucederlo en calidad de plenipotenciario.

Montado en la *Villa de Madrid*, presentóse en Valparaíso en resuelta actitud de enemigo. La prohibición del combustible y la aventura del yate, eran, a su juicio, actos hostiles contra España; y, por tales ofensas, mandó a La Moneda una nota ultimátum, con estas tres exigencias: 1ª Saludo de 21 cañonazos al pabellón de su nave; 2ª Indemnización de 3.000.000 de reales por la negativa de darle carbón; y, 3ª Envío de un embajador a la Corte para presentar excusas.

Pero en Santiago no había un Pezet que aceptase tales insolencias. Gobernaba don José Joaquín Pérez, carácter inmutable y patriota, a quien nadie ni nada intimidaría. Por otro lado, el provocador había tenido la falta de tino de enviar su nota el 17 de septiembre, de manera que ésta llegó a la capital el 18, en plena celebración de las Fiestas Patrias. El alma nacional ardió de coraje, y el presidente, interpretando su sentir, contestó al reto con una inmediata declaración de guerra.

Como primera medida militar, Pareja notificó el bloqueo de los puertos mayores: Valparaíso, Coquimbo, Caldera, Herradura, Tomé y Talcahuano. Sólo se exceptuaron los de Papudo y San Antonio, que eran insuficientes para el servicio. Ello fue un terrible golpe para la Marina Mercante del país, que en gran parte quedó paralizada. ¡Precisamente cuando alcanzaba su mayor desarrollo y superaba a todas sus congéneres de la América del Sur, contando 272 naves con 63.000 toneladas, y 2.800 tripulantes, que llegaban a California, a Europa, a Australia, al Asia y a la Polinesia!

Pero, a la larga, Pareja también iba a resultar bloqueado, dada la dificultad en que estaría de procurarse sus elementos. No se ha dado el caso de una campaña tan mal planeada; y es indudable que entre sus organizadores no hubo un solo estratega, y aun podría decirse, ni un cerebro dotado de



sentido común. Como si no bastase con ello, parece que en Madrid mandaban todos, porque en cada correo recibía el general directivas distintas: retirarse, mantenerse, contemporizar, no ceder un punto. Consecuencia de esto, fue que resolvió prescindir de sus superiores y proceder por su propia inspiración.

Por su parte, el Gobierno chileno empezó ordenando la movilización de su "escuadra", aunque más no fuese para ponerla en salvo. Juan Williams Rebolledo, comandante, demoró sólo doce horas en instalar los cañones de la *Esmeralda* y el *Maipú*; y, sin esperar a completar sus dotaciones —pues una porción estaba en tierra celebrando el Dieciocho—, se hizo a la mar amparado por la noche. Es fama que pasó casi encima de la fragata enemiga, y Pareja cometió la bisoñada de subestimar su capacidad, dejándolo alejarse sin hacer amago de ir a interceptarlo. ¡Muy caro, y a muy corto plazo, tendría que pagar este exceso de confianza!

La otra medida de Pérez fue destinar un agente especial ante el Gobierno de los Estados Unidos, para la adquisición de armas y buques con que organizar la resistencia. La elección recayó en el escritor Vicuña Mackenna, el hombre idóneo para tal empresa. También él debió pasar bajo las barbas del bloqueador, introduciéndose de contrabando en la bodega de un vapor inglés, "entre sacos de nueces y galletas de mar", para viajar hasta el país en el que Chile tenía puesta su esperanza. Simultáneamente se daban instrucciones al ministro en Inglaterra para que negociase allí la compra secreta de un blindado, el que debía despacharse a Chile con bandera y tripulación inglesas.

La suerte había reunido en la *Esmeralda* a un grupo de jóvenes, que, andando el tiempo, serían la más ilustre generación de héroes que estos mares hayan producido: Prat, Condell, Latorre, Uribe y Thompson. Llevándoles a su bordo, el buque inmortal no pudo menos de iniciarse con una proeza electrizante. Navegando el 26 de noviembre a la altura de Papudo, avistó a la *Covadonga*, que merodeaba en imprudente soledad, y fuese en su persecución para provocarla a combate. El encuentro se produjo tan cerca de tierra que los paisanos del lugar pudieron presenciarlo desde los cerros costeros. Más veloz y poderosa, la *Esmeralda* cerró el paso a su contraria y jugó con ella a su antojo, acribillándola con sus fuegos y reduciéndole su personal en una cuarta parte. Ferry, el comandante español, lloró de ira al sentirse impotente, pues el orgullo hispánico creía a los americanos incapaces de apuntar un cañón. Estos que tenía delante no erraban un tiro, y era él quien no podía acertar los suyos, porque se los esquivaban por anticipado. Al cabo de media hora de lucha, el desgraciado marino tuvo que rendirse, y el pabellón de la

reina descendió sobre la cubierta ensangrentada. En un postrer intento de burlar a sus vencedores, trató de hundir su nave; y cuando Oxen, el ingeniero de la *Esmeralda*, llegó a bordo de la presa, tuvo el tiempo justo para evitarlo, cerrando las válvulas, que habían sido abiertas.

Así la flota española quedó con un buque menos, y la chilena con uno más. *Esmeralda* y *Covadonga* se hicieron aliadas para siempre, y no transcurrirían sino catorce años hasta el día en que juntas diesen a la patria una de sus fechas más hermosas.

El país fue sacudido por el entusiasmo, y el Gobierno decretó el ascenso de todos los oficiales de la corbeta. La capital y los pueblos de tránsito se embanderaron al paso de los 127 prisioneros, mientras las clases pudientes, en un gesto magnánimo, colectaban ropa y víveres para auxiliarlos.

Williams, desconocido hasta la víspera, saltó al pedestal de la gloria. Su nombre fue aclamado en la prensa, en las calles, en el Congreso, y su figura y la de su barco aparecieron en reproducciones iluminadas en los escaparates del comercio.

Pareja no supo del suceso hasta tres días después, de manera que no se explicaba esas banderas y músicas militares que habían irrumpido en Valparaíso. Vino a imponerse de la derrota por un ejemplar de *El Mercurio*, que, accidentalmente, llegó a sus manos. El relato de la acción venía precedido de un comentario en que se le propinaban los peores calificativos, incluso, el de inepto, por no haber sabido combinar medios de comunicación con sus buques dispersos. Fue éste un golpe tan tremendo para su vanidad, que le dejó anonadado. Un héroe, en su lugar, habría salido en persecución de los captores —diez veces más débiles que él—, para devolverles la afrenta; pero su resolución fue de otra índole. Se encerró en su cámara y pasó el día escribiendo unas cartas con mano trémula. En una de ellas pedía perdón a su Gobierno; en otra, decía adiós a sus parientes; en la última, ordenaba a sus oficiales sepultar su cadáver fuera del mar territorial del país que tanto odiaba.

Al atardecer se tendió en su litera, vestido con el uniforme de gala, y se dio un tiro en la frente.

El suicidio del jefe, y su motivo, agrietaron la moral de los expedicionarios. La alegría y el complejo de superioridad desaparecieron de sus ánimos, sucediéndoles un sentimiento de pesadumbre y los primeros síntomas del cansancio. La patria estaba lejos, y más lejana todavía la posibilidad de que este pueblo indómito cediese a sus exigencias... Con todo, tuvieron suficiente entereza para ocultar la desgracia en los primeros momentos: la

bandera de la *Villa de Madrid* siguió en el tope, y nadie supo en tierra lo que había ocurrido.

Sólo cuando la sepultura se hubo consumado, el nuevo almirante, Méndez Núñez, dio cuenta del hecho al Cuerpo Diplomático. Creyendo que el extinto aún estaba insepulto, el Gobierno tuvo el gran gesto de ofrecer a Méndez la facilidad de depositarlo en el cementerio porteño, hasta que pudiera ser repatriado. A cada paso comprobaban estos españoles que la joven nación era más viril y más culta de lo que ellos se imaginaron. Para no ser menos hidalgo, el almirante contestó en una fina nota de agradecimiento.

Don Casto Méndez Núñez era un gallego de 43 años, de porte regular pero imponente, y famoso por su sobriedad y valentía. No fue culpa suya el que tuviera que ser personero de una mala causa.



*Almirante Casto Méndez Núñez (1824-1869), jefe de la Escuadra que bombardeó Valparaíso y el Callao.*



Su primera iniciativa, la de circunscribir el bloqueo a Valparaíso y Caldera, pareció el anuncio de una política apaciguadora; pero su decisión siguiente deshizo esta creencia. Deseando cuanto antes vengar lo de Papudo, dispuso una escuadrilla con dos de sus buques más ligeros, la *Blanca* y la *Villa*, y la mandó a perseguir a su enemiga. Coincidió su determinación con recientes órdenes de la Península, en el sentido de procurar una rápida victoria, ya fuese por la diplomacia o por la fuerza.

La división zarpó a fines de enero del año memorable, e iba comandada por Alvargonzález, el mejor de los capitanes de la escuadra. (Méndez Núñez se había transbordado a la *Numancia*, su nuevo buque insignia, que permanecía anclado frente al cerro de la Cabritería). La *Villa* y la *Blanca* navegaron ansiosamente hacia el sur, y el 7 de febrero encontraron a la *Covadonga* (cap. Thompson) en la isla Abtao, canal de Chacao... Pero, con la sorpresa consiguiente, descubrieron que no estaba sola. Junto a ella formaba la escuadra peruana, que acababa de reunírsele después de burlar la vigilancia de sus costas. Estos aliados providenciales contaban con el *Apurímac*, de 40 cañones; la *Unión* y la *América*, de 16; y el *Lersundi*, de 2. Por desgracia, estaban todos con sus máquinas en mal estado y apenas si podían moverse dentro de sus posiciones. Williams se hallaba en Ancud con la *Esmeralda*, y vio aquella escena con el anteojo; pero no se hizo presente, tal vez, por no creerlo necesario. Al balazo de desafío de Alvargonzález contestó inmediatamente el peruano Manuel Villar, quien tenía el mando de los americanos. Estos llevaban la ventaja naval —5 unidades contra 2—; pero los españoles la compensaban con el poder de su artillería: 83 cañones contra 76. Fue una batalla a corta distancia y sin evoluciones. El propósito de los peninsulares era forzar la entrada del canalizo para arrinconar a sus adversarios contra la tierra; pero el cerrado fuego que recibían no les dio ocasión de acercarse. Por otra parte, estaban, sin saberlo, sobre un banco de arena, y de haber logrado avanzar, habrían tenido una varada funesta. Se cambiaron 1.300 cañonazos: lo suficiente para atronar la comarca durante dos largas horas. Los buques patriotas tuvieron dos muertos e ínfimos daños, al paso que los atacantes perdieron 35 vidas, amén de muchos heridos. Finalmente una andanada destruyó el timón de la *Villa*, y otra le produjo una inundación. Sin gobierno y en el peligro de hundirse, hubo de retirarse remolcada por su consorte. La resaca llenó la playa del maderamen de este barco: mamparos, puertas y tablas arrancadas por las balas, prueba de la gravedad de sus destrozos. De todos los buques aliados, sólo la *Covadonga* pudo perseguirlo en su retirada, y así escapó Alvargonzález de una derrota que pudo haber sido completa.

El nuevo contraste enfureció a Méndez Núñez hasta el punto de hacerlo salir en persona a caza de los vencedores. No cabía en su mente el que éstos pudiesen enfrentar con éxito a sus poderosos navíos, y deseaba darles de una vez un correctivo ejemplar...

Pero, al llegar a Abtao, no encontró ni sus rastros, e inútilmente les buscó después por todos los puertos australes. Williams Rebolledo no volvería a exponerse en esta lucha desigual: tenía instrucciones de aguardar el arribo de los refuerzos que se esperaban del exterior. Todo lo que Méndez pudo hacer fue capturar un transporte, el *Paquete de Maule*, que conducía un destacamento de 130 hombres de tropa, los que mandó a España, para canjear más tarde con los prisioneros de Papudo.

Regresó exasperado, y en la convicción de que ya no procedía más que una cosa: propinar a chilenos y peruanos un castigo final, y retirarse. En lo cual concordaba con el sentir de sus oficiales, que aspiraban a ver terminado un conflicto en que no había honra ni provecho.

El castigo consistiría en arrasar Valparaíso y el Callao, mediante un bombardeo con todos los buques de la expedición.

Probablemente (al menos respecto de Valparaíso), la idea más inhumana que haya concebido un militar; idea, sin embargo, explicable, dentro de la vorágine de desaciertos a que él y sus antecesores fueron lanzados por sus gobernantes.

Al entrar al puerto, comprobó que el único fuerte que defendía la ciudad había sido desmontado, para significar que ésta *no debía* ser atacada. Por otra parte, habían llegado dos escuadrillas extranjeras: una yanqui, de cinco unidades, y la otra inglesa, de tres, con el evidente propósito de proteger los intereses de sus connacionales en la contingencia que se veía venir. La opinión dominante era que los norteamericanos impedirían cualquier desmán de los españoles, en nombre de la doctrina Monroe; y por ello fue que, al presentarse en tierra sus jefes, el comodoro Rodgers y el general Kilpatrick, el pueblo les siguió por las calles, vivándolos.

Pero ni una ni otra circunstancia bastarían a aplacar a Méndez Núñez, quien advirtió, en términos de ultimátum, que lo único que podría restablecer la paz sería la aceptación de las tres condiciones de Pareja..., más la devolución de la *Covadonga*. Demandas que hacían el desastre inevitable, porque un país que se respeta prefiere dejarse destruir antes que aceptar una humillación gratuita, y, lo que es más, devolver una presa de guerra. El señor Covarrubias, ministro de Relaciones, no quiso dejar dudas sobre este último punto: "Un buque de guerra capturado en buena lid, no se devuelve. El Gobierno de Chile no puede restituir la *Covadonga*, suceda lo que suceda. Nuestra República no ha traficado ni trafficará jamás con su gloria".

Pero lo que acabó de sacar de quicio al almirante, fue la tranquilidad, y hasta la indiferencia, con que aquella gente tomaba sus amenazas. Valparaíso afrontaba el bloqueo sin dar señales de decaimiento, no obstante los severos daños causados a su economía. Sus vecinos, entre los que había millares de damnificados, se arrebataban las revistas humorísticas, para saborear las caricaturas con que los Coke de la época ridiculizaban a don Casto y su reina.

Los dos jefes norteamericanos, secundados por el inglés, contralmirante lord Denman, iniciaron gestiones para hacer desistirse al gallego de su decisión de bombardear. Viéndole empeñado, Rodgers le hizo la advertencia de que no podría permanecer impasible ante la destrucción de una ciudad indefensa y llena de extranjeros. Sin inmutarse, Méndez Núñez le contestó que ninguna consideración en el mundo le impediría cumplir las órdenes de su Gobierno.

Extremando su buena voluntad, Kilpatrick hizo una última tentativa ante La Moneda; pero el presidente Pérez era otra roca inmovible, y el general volvió con un rechazo sin apelación.

En virtud de lo cual, el almirante envió un manifiesto al Cuerpo Diplomático, anunciándole que el 31 de marzo la plaza estaría bajo el fuego de sus cañones.

Rodgers y Denman fueron entonces a visitarlo en tono conminatorio. El inglés declaró que su país reprobaba aquella destrucción y que tomaría medidas para impedirla. El yanqui dijo que ésta era también su posición, y que se opondría por la fuerza al bombardeo. Contestándoles a los dos por junto, Méndez Núñez manifestó: "Ustedes son dueños de hacer lo que les parezca. Yo no tengo otro amo que mi Gobierno".

El marino español alcanzó la grandeza de un héroe clásico. A miles de leguas de su patria, solo, odiado, colocado entre dos potencias superiores, nada pudo apartarlo de su ley suprema: el cumplimiento del deber.

Creyendo que aún era posible doblegarlo, Denman y Rodgers echaron mano de un recurso extremo: en la víspera del día fatal colocaron sus buques alrededor de la escuadrilla de Cádiz, con las baterías destapadas, e hicieron todos los aprestos de rigor para un combate... La respuesta de Méndez fue inmediata: mandó que sus barcos descubrieran también sus carronadas y apuntasen sobre aquéllos. Sólo entonces sus colegas cedieron, vencidos por ese carácter de hierro, y optaron por desentenderse de lo que iba a ocurrir. Sus países estaban en paz con España, y no podían hacer más sin ir a un estado de guerra injustificable.

Así fue como la suerte de Valparaíso quedó sellada. Absolutamente



indefenso, como un ser atado de brazos, tendría que soportar esta prueba sin más auxilio que el de su estoicismo. No había tiempo de montar el fuerte, ni de dar aviso a la Marina, cuyo paradero, para colmo, se ignoraba ese día. Menos aún podía esperarse de la misión de Vicuña Mackenna, malograda por la indiferencia del Gobierno norteamericano o por su deseo de no enemistarse con Madrid. Hasta la fecha, sólo se habían obtenido promesas, y el agente especial informaba que "en lugar de una nación generosa y consciente de la justicia de nuestra causa, sólo hemos hallado un pueblo desmoralizado por la grandeza de sus intereses materiales...".

Pero la inminencia de la desgracia no abatió el orgullo nacional. Nadie pidió ni intentó pedir clemencia al bombardeador. Tampoco se perdió la serenidad colectiva: el vecindario evacuó la ciudad en perfecto orden, y se instaló en los cerros, donde pasó la noche, a la espera del espectáculo del día siguiente. La única reacción especial fue de enojo contra los neutrales, a los que se acusaba de no haber sido bastante enérgicos. Cuando Rodgers y Denman ofrecieron sus tripulaciones para colaborar con la policía y los bomberos, el intendente Lira les contestó que no era ésa la ayuda que necesitaba. El pueblo, por su parte, se opuso a viva fuerza a que las mercaderías inglesas y yanquis fuesen sacadas de la Aduana, estimando que lo justo era que se destruyesen. La indignación alcanzó aún peores caracteres en la capital: el ministro de Inglaterra fue expulsado del Club de la Unión, y el propietario de la casa que habitaba lo obligó a abandonarla en un plazo perentorio.

Amaneció el 31 de marzo, que era Sábado de Gloria. Al mirar a la ciudad con su antejo, Méndez Núñez vio algo que ha debido conmoverlo: millares de banderas colgaban de los balcones de las casas o flameaban en sus astas, como en un último gesto de entereza o de devoción patriótica... La suposición de que el almirante se conmoviese, no es gratuita, porque en su parte oficial califica el bombardeo de "triste deber", y se declara "profundamente afectado", por haber tenido que atacar a "una población que no se defiende".

Por otra parte, los propios historiadores hispánicos condenan esta iniquidad, empezando por el ilustre Novo y Colson, que dice: "Fue un acto cuyo recuerdo debe entristecer siempre a la Marina española".

A las 7.50 las escuadrillas y los buques de comercio salieron fuera de la bahía, quedando la flota gaditana en el centro, con la excepción de la *Berenguela*, que fondeó frente a Viña del Mar, para cuidar del convoy.

A las 8, la *Numancia* disparó dos tiros con pólvora, en señal de que la acción empezaría dentro de una hora.

Cuarenta y cinco minutos después se tocó zafarrancho, y los cinco

navíos, con sus cañones reluciendo al sol, comenzaron a evolucionar. Es del caso advertir que sus comandantes y dotaciones habían oído misa y comulgado, de manera que estaban en olor de santidad.

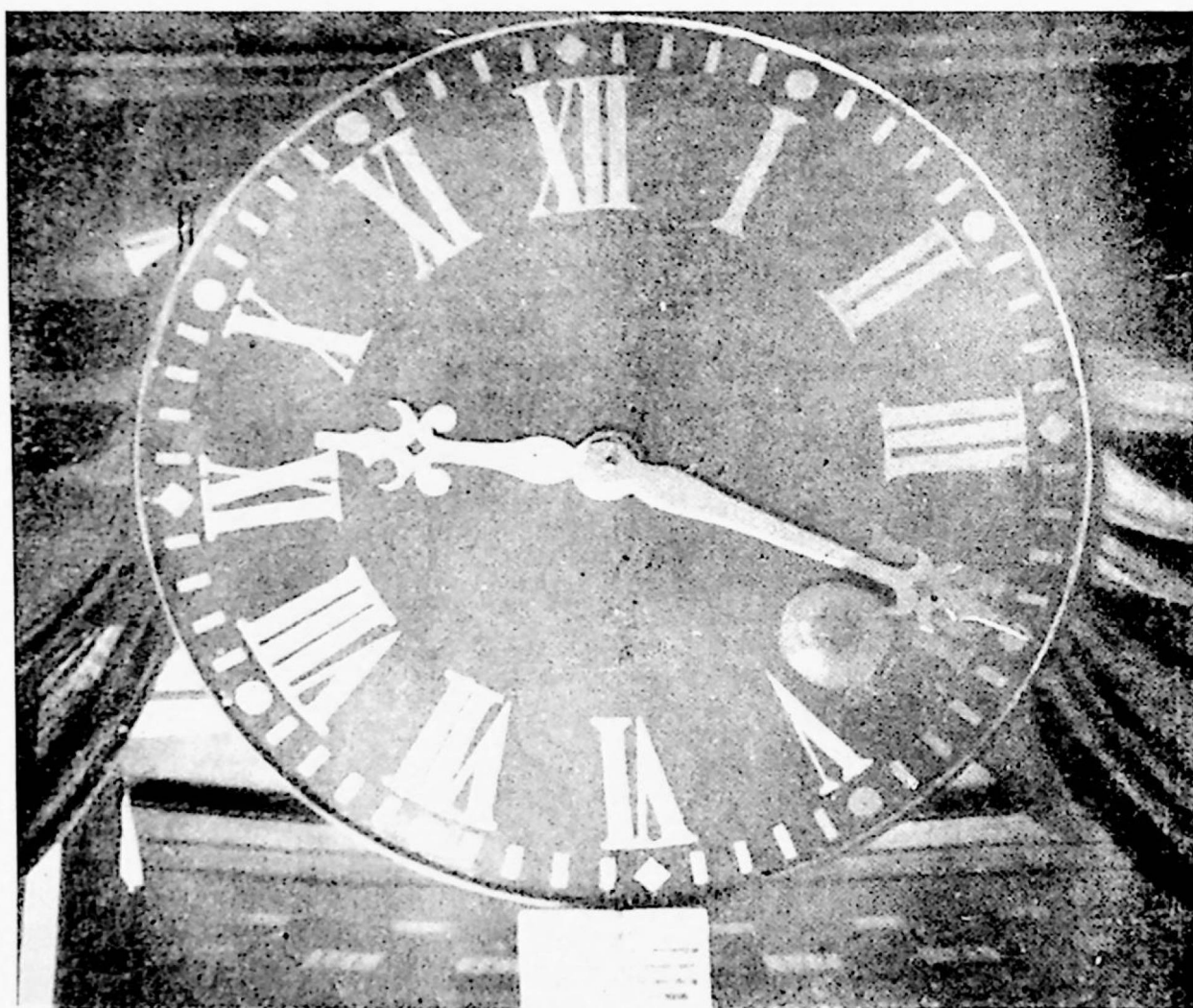
La evacuación de los pobladores no había sido completa: voluntarios y curiosos recorrían a la expectativa los barrios próximos al mar; y es tradición que un mendigo ciego, y seguramente sordo, de la calle de San Juan de Dios, se instaló como todos los días en la esquina donde ejercía su oficio. Inútil es decir que el ferrocarril y los carritos de sangre estaban suspendidos; pero, en cambio, funcionaba el telégrafo, cuyos impávidos operadores mantuvieron al país en constante información de los hechos. Sus mensajes, teñidos de la pasión contemporánea, son preciosos boletines para la historia. El primero fue recibido en Santiago, a las 9.20, y decía.

"Los godos a esta hora (8.45) están tocando a zafarrancho y echando vivas a su execrable reina. Esperamos por momentos el primer bombazo".

Este sobrevino a las 9.15, cuando la *Numancia*, desde las afueras de la rada, ordenó a los otros buques romper el fuego.

Se hizo el bombardeo a la menor distancia posible de los objetivos —desde 700 a 1.200 metros—, para que ni un proyectil se perdiese. La cercanía de los cañonazos, agregada a la configuración de los cerros, que multiplicaba sus ecos, ensordecía el ámbito y hacía retemblar la tierra. La *Blanca* tiraba contra la Aduana; la *Vencedora*, contra la Bolsa y la Intendencia; la *Resolución*, contra el ferrocarril. Esta última apuntaba tan mal que me metía sus granadas en un convento situado detrás de la estación. El almirante hubo de ordenarle que se retirase, para mandarla en seguida a batir el recinto aduanero. La *Blanca* se trasladó a su vez cerca de la *Vencedora*, y juntas las dos se ensañaron sobre la Intendencia. Una de sus balas se incrustó en la esfera del reloj del frontis, que quedó para siempre marcando las 9.20. Hoy se le conserva en el Museo Histórico de Santiago, como una de sus más raras curiosidades. La bala se halla embutida hasta la mitad entre el III y el V. El minuterero está tocándola, señal de que el mecanismo no sufrió con el golpe y siguió funcionando hasta que la manecilla se encontró con el obstáculo... A esa misma hora, una bomba de la *Vencedora* atravesó la Bolsa, edificio de construcción frágil, y fue a estallar en un almacén que había a su espalda.

A las 10 empezaron a verse los primeros incendios, cuyas fogatas propagaba la brisa matinal. El blanco predilecto era la Aduana, atacada con toda clase de proyectiles, desde la bala rasa hasta el cohete incendiario, y en cuyo interior millones de pesos de mercaderías reducíanse a humo y escombros. Las llamas pasaron a los patios, y, finalmente, a los malecones de madera, que ardieron como leños.



*El reloj de la Intendencia de Valparaíso, con una bala incrustada en su esfera, tal como se le conservó en el Museo Histórico Nacional.*

Cuando la *Resolución* cumplió allí su tarea, se dio a evolucionar de un extremo a otro de la bahía, para repartir sus disparos por toda la ciudad. Yendo y viniendo, atacó la estación, el cuartel de artillería, y los barrios del Almendral y del Barón. Éste era el buque más temible, precisamente a causa de la incompetencia de sus astilleros, porque sus tiros mal apuntados hacían estragos hasta en los lugares que por convenio debían respetarse y que enarbolaban bandera blanca: templos, hospitales y refugios. Sus "balas locas" alcanzaron a los cerros, con el peligro de barrer el gentío que se guarecía en sus quebradas.

Desde esas alturas, miles de ojos deben haber oteado al horizonte en la esperanza de que la escuadra aliada hiciera una aparición providencial... Pero no estaba escrito que así ocurriese, y los atacantes pudieron proseguir



su atentado en perfecta impunidad. Como para hacerlo más devastador, se ordenó a la *Berenguela* dejar su fondeadero de Viña y venir a sumar su fuego al que vomitaba el resto de la escuadrilla.

A las 11 los seis buques cañoneaban al unísono, amenazando arrasar el barrio del *plan*. Un incendio producido en la calle de la Planchada (hoy Serrano) convirtió el sector comercial en una conflagración. Fomentadas por el viento, las llamas corrieron por ambos lados de la calle, hasta rodear la plaza de la Municipalidad; y, desde allí, repartiéndose en todas direcciones, invadieron las de Cochrane, Blanco y Clave, en una extensión de varias manzanas, hasta llegar al pie del cerro Cordillera. Su humareda semejaba la de un volcán, y al confundirse con la de la Aduana —que era otra pira dantesca—, cubrió casi un tercio de la población, y la hizo invisible desde el mar. No pudiendo elegir sus blancos, los cañones comenzaron a disparar al azar; y ésta es la razón de por qué salieron dañados el hospicio, la Matriz, la Merced, el Buen Pastor, San Ignacio y la Recoleta, del Barón, cuyas torres denunciaban cada impacto con el tañir de sus campanas.

Barriadas enteras se sacudían y crepitaban por las explosiones y los derrumbes. No se sabe, con todo, qué fue más impresionante: si la magnitud de la destrucción o la imperturbable calma de los vecinos. Si alguna vez se comparó a los chilenos con los ingleses, seguramente ha sido por esta flema ante el peligro. “Militares, bomberos y demás —transmitían los telegrafistas— se pasean despreciando las balas de los miserables”. El populacho, por su lado, no perdía la ocasión de divertirse en medio del desastre. “La gente del pueblo —decía otro mensaje— recorre las calles con las balas en las manos y juega a la pelota con ellas, desafiando la muerte”. De estos rasgos de humor participaban hasta los bomberos, siendo típica la anécdota del voluntario que, volviendo el trasero hacia el mar, gritó a los españoles: “¡Apunten aquí!”, por lo que hubo de ser amonestado.

Símbolo de esa voluntad de resistencia fue la bandera del fuerte, izada como una provocación en la cumbre del cerro Artillería. Incesantemente dispararon contra su asta, tratando en vano de traerla al suelo. Un tiro de la *Villa de Madrid* logró por último cortar uno de los vientos que la sostenían; pero, el palo, aunque quedó inclinado, no cedió, y la insignia siguió tremolando entre el humo, el fuego y la metralla.

A las 12 menos cuarto, una señal de la *Numancia* mandó cesar el ataque —el “castigo”, como se le llamó en España—, y los navíos se retiraron a sus ancladeros.

El bombardeo había durado dos horas y media, y se estima que se gastaron en él 2.500 proyectiles. De éstos, 61 tocaron a la Intendencia, que

aparecía agrietada como a raíz de un terremoto; 19, a la Bolsa, que quedó casi demolida; 5, a San Ignacio; 4, a la Merced; 3, a la Matriz. De los almacenes de la Aduana sólo salvaron las murallas, en las que las grietas y perforaciones eran incontables. Centenares de familias quedaron sin hogar ni medios de vida. Las bajas habían sido mínimas: 4 muertos y 8 heridos; pero las pérdidas en edificios y valores se calcularon en \$ 14.000.000, de 45 peniques (arriba de 600 millones de hoy).

¡La mayor ruina que Valparaíso experimentara desde el día de su fundación!

Contemplando este cuadro desolador, Méndez Núñez no ha podido sentir la satisfacción de una victoria. En cambio, sus víctimas sí pudieron jactarse de un triunfo legítimo: el de haberse vencido a sí mismas. Porque a la virilidad con que se sobrepusieron al terror —y consta ello en los partes oficiales y en todas las relaciones de la época—, siguióse la elevación moral con que el pueblo y sus autoridades se condujeron después de cesado el fuego. La reacción que hubiera sido más humana y más lógica —la de la venganza en las personas de los súbditos españoles—, no tuvo lugar. Temiendo que tal ocurriese, el intendente les había hecho reunir en un cuartel para protegerlos y mandó a la policía montada vigilar sus domicilios y negocios; pero nadie intentó siquiera ofenderlos, y la jornada acabó sin que se registrase un solo acto de vindicta<sup>1</sup>.

Es en momentos como éstos cuando la idiosincrasia de una nación se manifiesta con todos sus rasgos originales. Por sorprendente que parezca, la ira de aquella gente se apagó junto con las llamas de los incendios; y lo que es más genial todavía, trocóse luego en un movimiento de regocijo popular. Casi podría decirse que el día más funesto de la historia de Valparaíso terminó con una fiesta. Pero, entiéndase bien: no una fiesta de exaltación patriótica, ni de desagravio público. ¡Nada más, y nada menos, que una fiesta de alegría pura! Olvidados al parecer de la ofensa extraña y del desastre propio, los vecinos recorrían la ciudad confraternizando, préstandose ayuda y cambiando bromas. Bandas de música desfilaban por las calles o tocaban en los paseos sus retretas habituales, rodeadas de un gentío compacto. Removiendo los escombros de sus hogares, el pueblo buscaba las balas que los habían destruido, para guardarlas como reliquias o para venderlas como preciosa mercancía.

No quedó tampoco la cicatriz del rencor; y es característico el caso del comerciante que en vez de retirar el espejo de su salón, hecho añicos por un

<sup>1</sup>En Santiago, por curioso contraste, el Gobierno alcanzó a dictar un decreto de expulsión en masa, y algunas tiendas de españoles fueron saqueadas.

proyector, pintó sobre él este rótulo: "Recuerdo del bombardeo, 31 de marzo de 1866".

La consecuencia más lamentable de la guerra, con todo, no fue la destrucción producida en tierra, sino el inmenso e irreparable daño causado a la Marina Mercante, sostenedora hasta entonces de la economía del país. Su imponente flota, condenada a la inmovilidad por el bloqueo, había desorganizado en los puertos, y en gran parte debió venderse a viles precios a armadores extranjeros. Y lo que es más grave: se perdieron entretanto los mercados de ultramar, con tanto esfuerzo conquistados. En Australia, en California, en la Oceanía y en la India, los productos chilenos habían sido desplazados, y no volverían ya a recuperar sus privilegios.

Chile había dejado de ser la gran potencia naviera del Pacífico.

Cumplida su ingloriosa obra, el almirante español se alejó de estas costas para ir a acometer en las del Perú parecida hazaña: el bombardeo del Callao.

Repitieron allí las mismas circunstancias de Valparaíso: la ausencia de las fuerzas navales nacionales, la neutralidad de yanquis y británicos, la negativa del Gobierno a someterse.

La sola novedad fue que la plaza había sabido pertrecharse, y que al romper sus fuegos la escuadrilla, obtuvo la inmediata respuesta de los 76 cañones de que estaba artillado el puerto. Aquí, por fin, tuvo Méndez Núñez la ocasión de pelear como bueno, dando y recibiendo, de igual a igual. Dirigidos por el ministro de la Guerra, los peruanos derrocharon pericia y valentía, y durante seis horas sostuvieron un combate espectacular. Hubo en los fuertes y en las calles 2.000 heridos y un centenar de muertos, entre éstos el propio ministro; y en los buques, otras tantas bajas mortales. El solo almirante recibió ocho heridas, y hubo de entregar el mando a su segundo. Sus naves llegaron a silenciar la mayor parte de las baterías terrestres, pero fueron a su vez retribuidas con largueza. Casi todas salieron perforadas, y una de ellas, la *Berenguela*, se retiró incendiándose.

A todo esto, las dotaciones sufrían los estragos del escorbuto, a causa de la nutrición deficiente; de suerte que la cesación de las hostilidades y la vuelta a la patria, ese mismo día ordenadas, festejaronse a bordo con transportes de contento. Las marinerías, y muchos oficiales, no habían logrado entender del todo el objeto de aquella odisea. La juzgaban del mismo modo que hoy la juzga la historia...

La expedición regresó seccionada en dos divisiones: una, por la ruta de Polinesia, con escala en Tahití; la otra, por la vía del cabo de Hornos, con etapa en Río de Janeiro. Travesías desastrosas en que la enfermedad segó



más vidas que la pólvora, y cuyo término señaló para España una fecha de duelo.

Por esos mismos días —¡demasiado tarde!— zarpaba para Chile el blindado encargado a Inglaterra, con el que Williams Rebolledo soñó desafiar a la *Numancia*. Habíanle dado el nombre de *Tornado*, y era una poderosa corbeta a vapor, de gran andar y con cañones de mayor calibre de la época. Se había pagado por él 15 millones de pesos: precio de la mercadería prohibida. Conforme se conviniera, venía bajo bandera inglesa, y tripulado por británicos y portugueses... Pero no alcanzó a llegar a su destino. Navegando a la altura de la isla de Madera, el 21 de agosto, le salió al encuentro la fragata *Gerona*, que estaba al acecho, y sin más que un cañonazo a fogueo le hizo detenerse para capturarlo como presa de guerra.

Fue la última acción militar de la contienda. La reina, ciertamente, no devolvió el trofeo; pero, un tiempo después, influida por mejores consejeros, quiso hacer olvidar lo pasado y envió una embajada diplomática. Todavía hizo más: obsequió su retrato al Gobierno, como simbólico presente de paz.

Valiosa obra de arte que se conserva en el Museo de Santiago, colgada al lado del reloj famoso, como para recordarnos quién lo mandó agujerear.